

LOS ÍNTIMOS HECHOS DEL PENSAR ENTREVISTA A FÉLIX SCHWARTZMANN

POR JUAN ANTONIO MASSONE

*Entrevista*¹

JAM: Don Félix, usted ha desarrollado un filosofar de lo vivo en sus libros, interesándose mucho más en columbrar horizontes inadvertidos o desdeñados en el trabajo académico o en las publicaciones habituales de profesores y de filósofos. Uno de esos derroteros seguidos por usted es el de la *convivencia*, otro el de la *expresión*, así como también el de la *autognosis*. Pues bien, deseando conocer algo más de la persona que ha escrito acerca de tales motivos humanos, me sentiría complacido si mis preguntas alcanzaren la atención de sus respuestas. Le propongo, a modo de preámbulo, se refiera a su experiencia de vocación filosófica.

FS: La pregunta suya es tan legítima cuanto de difícil respuesta. Sobrecoge, porque linda con el interrogante por la vida, el destino o límite con el sentido de la existencia personal. En suma, enfrenta a lo insondable, cualquiera que sea el camino que se elija entre las interpretaciones religiosas o las concepciones seculares de semejante noción. Con todo, dado el caso que se trata de responder a la luz de "mi" experiencia, deberé constreñirme a caracterizarla a partir de ella. Aún siendo así, admitir entregarse a tal aventura camino de la búsqueda de esferas de intimidad, impone describir esa realidad, en continuo cambio, con cierto ascetismo conceptual, prescindiendo de atavíos retóricos, y considerando la medida del riesgo que tal búsqueda conlleva. Es decir, estar amenazado por la caída en la ficción, no menos que por una

¹ Esta entrevista fue realizada por el profesor y escritor Juan Antonio Massone al filósofo Félix Schwartzmann, sobre la base de una ampliación y profundización de algunos de los temas tratados por Schwartzmann en otra entrevista que le hiciera Iván Jaksic.

valentía realista en el íntimo mirarse, que, ausente el pudor, también implicaría poesía antes que verdad. Por eso, tendremos presente la perspicaz advertencia de Michel Leiris cuando se refiere a las desviaciones posibles de los entusiasmos autobiográficos: “mirarse sin piedad” y únicamente confesiones “a través de la lente de lo sublime” (1945).

En cuanto se trata de comprender cómo se ha llegado a este instante en que escribo, inevitable resulta esforzarse por bosquejar en los orígenes de nuestro pasado, el que, por otra parte, se va reelaborando en función del presente que se vive. Ello implica oscilar entre la realidad y la ficción. La realidad de los *sucesos* de los cuales uno se acuerda, y las fantasías con que se tejen los puntos oscuros, los vacíos de tiempo íntimo, los olvidos en que se disipan acontecimientos que permanecen silenciosamente ocultos en la memoria. En todo caso, el alma siempre se expresa; objetividad e invención representan modos simbólicos de expresión, de manera que la paradoja de lo fantástico incrustado en lo real, conduce a que aflore a la conciencia lo que inconscientemente se quería ensombrecer. Porque ocurre que el lanzarse a los abismos interiores descubre sombras pero también realidades. Baudelaire sabía que nadie ha sondeado el fondo de su abismo, al tiempo que el hombre siente la necesidad de correr “al fondo de lo ignoto para encontrar lo nuevo”.

Se comprende, entonces, que lo importante es narrar, antes que enseñar, como aconsejaba Montaigne, que al mismo tiempo temía “ser tomado por otro”, al extraviarse en fantasías acerca de sí mismo.

Huiremos, por consiguiente, de los espejismos que pueda crear nuestra propia imagen, y lo inescrutable de la lucha íntima entre motivos antagónicos, que también constituye una fuente de creación de fantasmas que puebla ilusoriamente el ámbito interior.

JAM: Me doy cuenta que el tema planteado sobre su vocación filosófica incentiva recorrer procelosas aguas, viajar a los orígenes de sí con la cautela o el recelo de eludir confusiones que el ardid del embellecimiento personal del pasado y del presente suele ocasionar en expansiones y entusiasmos narrativos. Con todo, es forzoso demande de usted la mayor impronta personal en sus respuestas...

FS: Todo lo anterior no delata consideraciones preliminares banales, del mismo modo como el sendero que permite ascender hasta la montaña es la condición de posibilidad de contemplar, por último, la más amplia perspectiva posible.

Conocer al hombre es conocer un misterio, procurar conocerse a sí mismo conduce a la ribera de lo desconocido. Hoy veo mi pasado más lejano como un confuso sentimiento de incomunicabilidad, y en el presente veo en el hombre a un ser primariamente traumatizado por el hombre mismo, donde, por momentos, la convivencia profunda aparece como utópica. Además, en la dimensión histórica actual, contemplo al hombre como un ser que *necesita conocerse para vivir*, para actuar, entregado a una especie de cosmotropismo, que le convierte en imperativo indagar el origen de la vida, el origen del cosmos, a través de una tecnoestructura que también lo abruma, pero de la cual ya no puede prescindir. Es como un viejo sueño de Platón, del cual hablaremos más adelante, que conocí en la mitad de mi vida y que ahora veo materializarse de alguna manera. Así queda indicado el curso del análisis que su interrogante me inclina a seguir.

Narraré una historia, humilde a lo menos por la universalidad de las experiencias que mi narración contiene, sin que el modo de contar oculte un relativismo que nos aleje del realismo.

Ningún arte de la memoria puede auxiliar en la historia y la interpretación del pasado individual, ni de la identidad en que descansa el curso de ese tiempo personal. Podría racionalizar mi autobiografía en un solo enunciado diciendo que: el problema que siempre me ronda es comprender cómo de unas experiencias y fantasías infantiles de tonalidad afectiva, de carácter sombrío, a lo largo de muchos años, llegué a postular como principio heurístico la experiencia del otro para comprender la historia del hombre; o bien, escribir que a partir de ese principio intenté explicar los fenómenos expresivos y, en fin, verifiqué el tránsito desde las ciencias humanas hasta alcanzar el sentido de las ciencias naturales y exactas buscando, finalmente, la unidad entre ellas. Y es esta última posibilidad teórica la que ahora me preocupa.

JAM: Si no mal entiendo, su vocación filosófica comienza a dar síntomas desde su infancia como un sentimiento de estupor o de asombro, pero sólo se le reveló después el sentido de lo que le embargara entonces. ¿Cuáles eran los presagios que le disputaban su alma?

FS: Desde lo vivido —que se conserva en claroscuros de la memoria— como en la cosmogonía del alma de niño —asombro frente a sí mismo y a los demás, temor a los sucesos, a la vida diaria en un patio, miedo en la calle, en una plaza con una niñera—, hasta que todo ello configure lo que se percibirá como tarea, como imperativo inexorable, muchas experiencias de asombro, percepciones de lo extraño en el otro y uno

mismo confirieron ciertos rasgos particulares a mi existencia. Tramontando los cuatro o cinco años hasta la adolescencia, las formas de pensamiento y las visiones de lo privado comienzan a conferir sentido a la existencia. Es decir, mi originario temor al otro, no menos que la búsqueda del prójimo, los percibí entonces como ambiguamente necesarios. Yo mismo y el otro, ya no eran vistos como centros aislados. Infusamente emerge la calle, el contorno como sentido, lo interno y lo externo influyéndose en una sola melodía interior. El paisaje lo sentí, más adelante, como inconmensurable respecto de lo que vivía y lo que contemplaba. Al mismo tiempo me inundaban oleajes de soledad bajo la forma de la presencia interior del otro en uno mismo. Cierta género de hermetismo, alternaba con la búsqueda de compañía. Jugaba poco: los recreos representaban para mí un rincón solitario. Aunque tenía amigos, a menudo me inhibía ante ellos. Siempre —e inevitablemente racionalizando ahora experiencias remotas—, eludía las relaciones que se establecían en torno a juegos o a cualquiera modalidad de mediatización de los vínculos, porque ello me impregnaba de sentimientos de soledad. El hallazgo del sentido —de lo que en esos tiempos imaginaba como tonalidades afectivas realmente significativas—, presagiaba que se encontraban más allá de la relación mediatizada.

JAM: Es decir, un vaivén de intensidades le dominaba el sentirse vivo. El sí propio y el ser ajeno éranle presencia y ausencia, fascinación y temor. En medio de ese “diálogo del alma consigo misma”, como definió Platón la Filosofía, que en usted esbozaba efigies tan hondas como complejas, debió contar con la asistencia o influjo de algunas compañías señeras...

FS: Me refugié en la lectura. En Dostoievski encontré una compañía difícil, un tanto amedrentadora, pero que me permitía sentirme vivo en mi soledad. Todo ello se realizaba en un escenario de anhelos y temores, de tristeza —casi de melancolía—, y deseos profundos de ver alegría en los otros. Los rostros apesadumbrados de mis familiares me llenaban de congoja. Todavía me afectan las imágenes que conservo en mi memoria de las fisonomías ensombrecidas de mis padres, sobre todo que aún no podía comprender sus causas. En esta breve arqueología de mí mismo, (sin olvidar los espejismos que disimula la vieja afirmación *yo soy el mismo que era ayer*, James), lo digo hoy, recubierta ya mi adolescencia por décadas de historia personal, que me sentía como un “amador de la humanidad”, según lo entiende Dostoievski. (Aclaro que me refiero a un singular personaje creado por Dostoievski, que se levantaba experimentando la necesidad de hacer algo por los demás; independientemente

de sus posibilidades reales de lograrlo, se lanzaba a la calle para encontrar a no importa quién, con una pasión de amar al prójimo avasalladora). Por eso urdía, en el solitario diálogo del alma consigo misma, aventuras y poco probables soluciones de arreglar los problemas de quienes creía sumidos en cierto género de abandono. Desconocía las líneas de la vida y las dificultades que le eran inherentes y acaso tan naturales como el caer en la tristeza.

JAM: Y en cuanto a presencias de amigos, de compañeros de edad...

FS: Al reconstruir mi pasado, me parece que retorno a esa polifonía dialógica (Bakhtine) y, al mismo tiempo, a las crisis íntimas del "hombre del subsuelo", que emergen junto con la evocación de mi pasado. Nunca olvido lo que me dijo, en el patio del Liceo de Aplicación, en un recreo sin juego, mi amigo Federico García Rival: "Félix, tu eres un filósofo, no un poeta". (El más tarde escribiría versos). Estimo que tendría por entonces unos catorce años. Por aquél tiempo el espíritu de la ciudad (Santiago), ya se nos objetivaba como expresión múltiple de un estilo de convivencia. El sentimiento de hermetismo originario de mí, desde mi infancia, comenzó a proyectarse a la visión de las calles, edificios y formas de vida. Diríase que inicié en ese período el camino de la comprensión de los nexos existentes entre hombre y mundo. Esto es, que el juvenil amador de la humanidad, pudo atisbar la fisonomía de los hombres en la ciudad y el espíritu de ella y en el hermetismo de algunos semblantes. En mi ahora de hoy, vierto esas incipientes experiencias y juicios, en el lenguaje de Goethe y Nietzsche, cuando afirman que el hombre es el ser más remoto a sí mismo, entre otras razones porque para conocerse a sí mismo es necesario conocer el mundo.

Fue por aquellos años cuando se nos desarrolló a García y otros compañeros de clase, una verdadera voracidad de lectura, no indiscriminada, sino orientada en la dirección de nuestras inquietudes. Dostoievski, Chéjov, Gogol, Goethe, Shakespeare, Montaigne, Platón, Marx, Lenin, Trotsky, Barbusse, Mariátegui, Romain Rolland, Ortega, Keyserling, Spengler, Max Sheler, Simmel y otros.

JAM: Insinuó antes la importancia que tuvo en usted el descubrimiento del paisaje, es decir, esa otra presencia que dispensaría a sus inquietudes, la concreción de nexos para lo distante, o acaso el complemento impronunciado aún en aquellos esbozos de su filosofar. ¿Cuál fue ese paisaje?

FS: Viajé al Sur a casa de García, a un lugar llamado Ostiones, en las orillas del río Maullín, a 40 kilómetros de su desembocadura, donde la

madre de mi amigo se desempeñaba como profesora primaria. Así conocí la selva sureña, la recorrí y volví a ella. En efecto, al año siguiente, abandoné la casa y los estudios secundarios y, puede decirse, me “refugié”, en la casa de García, que continuó estudiando. Era en agosto de 1929, en pleno invierno volví a tomar contacto con el bosque y mis lecturas inspiradoras. Desde entonces nunca he dejado de asociar la grandeza de Shakespeare, por ejemplo, a la cósmica vegetalidad de la selva sureña y al vuelo y el canto de sus pájaros. Me atrevería a decir que, en ese paisaje, encontré todo lo que había de desarrollar años más tarde en mis escritos. Aún hoy, para mí, los bosques, desde Osorno hasta el volcán Yate, en el Estuario de Reloncaví representan simbólicamente el universo como naturaleza viviente, la Tierra en el universo, el cosmos en la Tierra. En esa geografía conocí al campesino, como más tarde entraría en contacto con los habitantes de la pampa argentina. Había descubierto en la proximidad de huellas de pumas y de gigantescos helechos el sentido del hombre y de las relaciones interhumanas. No querría exponerme a racionalizar los inefables nexos que pueden existir entre visión del paisaje, Goethe, Homero, Shakespeare o Spengler, y el desarrollo de mis ideas. Con todo, acaso volveré sobre ello al tratar de la ciudad y la calle como paisaje humano y la dialéctica propia del revivir imágenes que en cada nueva visión se encuentran ya transfiguradas por el tiempo, pero también inexplicablemente idénticas.

JAM: Dado que un filósofo no se forma exclusivamente en la contemplación de la naturaleza, es del todo ineludible conjeturar otras experiencias fundantes. ¿Qué pasó luego de regresar a Santiago?

FS: Se formó un grupo de intelectuales que llamamos *Los fanáticos de la autenticidad*. No podría indicar, y apenas conjeturar cómo y por qué afinidades electivas, no menos que ásperas discrepancias se formó esta singular “academia”. Éramos al comienzo unos pocos amigos, tres o cuatro, cuyo número fue aumentando junto con la pasión puesta en los debates y conversaciones y las diferencias ideológicas. Se trataba de Federico García Rival, de Alejandro Ugarte, Marcos Gomberoff, Renato Carvajal, Juan de Luigi, Guillermo Brown, Francisco Olivares, Agustín Venegas V., Arturo Venegas Y., Julia Cabello, Armando Uribe, Raúl Santander. Algunos pertenecían al llamado “Grupo Avance”, y otros, como el que le habla, no formaba parte de ningún género de agrupación. Finalmente, se fue decantando una media docena de muchachos con ideales comunes y menos combativos. Dentro de la heterogeneidad de formación primaban, como armonía básica, críticas implacables a la

sociedad de entonces en Chile y en el mundo. Éramos jóvenes entre 16 y 19 años. Esto sucedía hacia la década de los treinta. No teníamos, ni lo deseábamos, un lugar físico de reunión rutinario. Podía ser la vieja Alameda, un restaurante, caminos en los alrededores, escuelas universitarias o la casa de un amigo. Los temas en debate anunciaban que en el principio fue el caos. Sin embargo, estos buscadores de oro, del oro de lo auténtico, sin dogmas o ideologías solidificadas, perseguían un orden social superior. Cualquiera podía ser el punto de partida, leer en voz alta las *Investigaciones lógicas* de Husserl, *Cementerio marino*, de Valéry, como los *Siete ensayos sobre la realidad peruana*, de Mariátegui. Los argumentos podían provenir de Trotski, de Spengler, de Hegel, de Marx, de Scheler, de Goethe, Rimbaud o Baudelaire. Pero en esa dispersión aparente, afloraba por momentos el estilo de una actitud social histórica. No importaba la fundamentación, pero sí el designio último: encontrar un sentido renovador a nuestra existencia, más allá o más acá de las tendencias destructivas y dictatoriales de la época. Con cierta desesperación que permitía escuchar los juicios más contrapuestos, aspirábamos a saber cómo fue posible Stalin, Hitler, o las raíces del fascismo y de las revoluciones sociales. En el fondo, tratar de Freud, de Ortega, de Dostoievski o Neruda, no introducía una dispersión nihilista, puesto que pensábamos que a partir de cualquier presupuesto podíamos encontrar una veta de sentido. Muchas de las páginas del primer capítulo de mi obra sobre América: “La impotencia del hombre actual”, fueron chispazos que fulguraron por vez primera en esas amigables controversias acerca del destino del hombre, tratadas con ingenuidad y con la firmeza o madurez que confiere haber leído con pasión aunque fuere un solo autor. La enormidad del tema, abrumaba y refrescaba al propio tiempo, pues veíamos confluír un comienzo y un fin de algo en la historia. Era la frescura de percibirla como en los orígenes, unidos por la amistad y las afinidades electivas, a pesar de la insólita heterogeneidad de puntos de vista, pero no fosilizados dentro de armaduras ideológicas.

JAM: Imagino fue ésa una experiencia inolvidable...

FS: Hoy recuerdo esas charlas con nostalgia. Alentaba en ellas algo de mágico, en el sentido clásico de la magia de Ariosto. Porque todo era posible, en cuanto se eludían las críticas lógicas de grisáceo escolasticismo. Mencionábamos a menudo la sentencia: “no es posible penetrar en los últimos fundamentos de la vida sin contradicción”, que me parece de Spengler. Se indagaba con ánimo alegre —y a veces sombrío— qué

sería del mundo y de nosotros. Veíamos con agudeza y vehemencia juveniles cómo se implicaban dogmas y revoluciones sociales con destinos contrapuestos (a pesar de nuestra inmadurez anticipamos mucho de lo que medio siglo después se convertiría en la Perestroika de Gorbachov). Por eso pensábamos a Hispanoamérica como una nueva realidad y un horizonte histórico posible de realizaciones genuinas. Juramos no incorporar jamás a partidos o cualesquiera clase de congregaciones. Queríamos ser hombres libres. Brindábamos por ello, porque también bebíamos con lozana vitalidad. Hoy reconstruyo imágenes de esas reuniones dialógicas como un fantástico punto de singularidad histórico de tipo renacentista. Recitábamos a Neruda, valorábamos hondamente su poética de la elementalidad metafísica de la carne, de los objetos, de los aromas, de los vegetales y de las tentativas infinitas. Y no era por un espíritu azaroso del instante vivido. Tal me parece cuando me acuerdo que había algo de risa popular, a ratos lindante con lo grotesco, en ciertas exageraciones de nuestras actitudes y opiniones. Mencioné al Renacimiento y el hacerlo me parece muy significativo cuando leo ahora a M. Bakhtine y su gran obra sobre Rabelais y la cultura popular del Renacimiento. En ese libro apunta a la afinidad entre Rabelais, Thomas Mann, B. Brecht y Pablo Neruda en torno al realismo grotesco, lo cual alcanza ribetes de formas carnalescas en Neruda. Además, me atrevo a afirmar, existía en nosotros una especie de sentimiento de infinitud de lo íntimo, que nos inclinaba a pensar que todo nos estaba permitido, como en la Abadía de Thelème de Gargantúa, que era la antítesis de un monasterio, donde estaba permitido hacer lo prohibido.

Concluiré este punto limitándome a decir que, por entonces, ya se desarrollaron en mí las ideas que comenzaría a escribir hacia 1942, sobre la primordialidad de la experiencia del otro. Hoy me regocija, al tiempo que también me entristece, al ver cómo habían de transcurrir cuarenta años para que Todorov escribiera en 1982 *La conquista de América. La cuestión del otro*, donde emplea como criterio de análisis histórico una “tipología de las relaciones con el otro”. En fin, no faltaron en aquellas casi remotas reuniones y diálogos, las hipótesis sobre la naturaleza del lenguaje y la esencia de la poesía, sobre todo luego de las lecturas de Hölderlin y Rilke. Ello igualmente contribuyó a mis análisis de la poesía, el lenguaje y su significación para comprender al hombre desde la literatura, indagaciones que permiten a Ernesto Grassi, en su ensayo sobre el humanismo, opinar que “en Chile se destacan como característicos los estudios de Schwartzmann”.

JAM: Hasta el momento nos ha dicho la importancia de algunos factores decisivos en sus inicios filosóficos, que ahora deseo recordar brevemente: el asombro acongojado, el soliloquio, los descubrimientos del paisaje sureño y sus vinculaciones con lo humano, la amistad, la lectura y aquella cofradía de buscadores inquietos automentados como “fanáticos de la autenticidad”. ¿Conformaron las experiencias anteriores el total de su etapa formativa?

FS: No. Un día decidí viajar. Llegué a Buenos Aires hacia 1935, sin otra posibilidad y necesidad que trabajar de inmediato en cualquier cosa. Conocí entonces al pueblo argentino, la ciudad, la calle, el campo. También tuve la buena fortuna de aproximarme al filósofo Francisco Romero y al gran lingüista Raimundo Lida. Recibí de ellos grandes estímulos. Les debo mucho. Con el amigo Raimundo Lida nos escribimos hasta 1979, fecha de su muerte. Me invitó a Harvard en 1957. En ese fecundo pero sacrificado viaje comencé a percibir las primeras luces de mi obra sobre América. Posteriormente recibí consejos de Lida sobre la estructura de dicho libro por escribir.

JAM: Estoy informado de su actividad de linotipista y también de la de dirigente sindical, ¿Qué le entregaron ellas?

FS: No menos fecundo fue mi trabajo como linotipista entre los años 1938 y 1949. Estudiaba matemáticas y bosquejaba mis primeras páginas. Llegué a ser director de sindicato, con todo lo que ello trae aparejado. Conservé dicho cargo casi hasta la víspera de mi incorporación a la Universidad de Chile como Profesor Extraordinario de Sociología. Conocí a mi pueblo, aprendí mucho de él y siempre fui estimulado generosamente por mis compañeros de trabajo a seguir lo que parecía mi verdadera vocación, incluso por quienes abnegadamente me enseñaron el oficio de linotipista que, antes de retirarme, yo concluiría por enseñar a un amigo del grupo de que hablé hace unos minutos.

JAM: En Chile, varios de los más grandes artistas e intelectuales han sido autodidactas, o al menos, ni siquiera concluyeron estudios escolares, Gabriela Mistral, Joaquín Edwards Bello, Manuel Rojas son ilustres ejemplos en este respecto. En su caso, ¿qué derrotero siguió luego de abandonar abruptamente el liceo?

FS: Los fragmentos de etapas de mi vida que acabo de bosquejar, reflejan la misma búsqueda originaria de un sentido en la historia, en la sociedad de mi juventud y en los estilos de vida actuales. Y ello a través de las

relaciones interhumanas, y más tarde en función del significado configurador de la ciencia y la técnica en la historia del presente. De manera que el abandono del liceo, en quinto año de humanidades, la incorporación a la Universidad como alumno libre durante un año, se transformaron en la exploración de lo humano y natural en el Sur, en un viaje hacia la pampa argentina, en la adquisición de un oficio, la linotipia, sin que tales fugas o renunciaciones fueran “necesarias”, pues mis padres disponían de medios como para hacerme posible cualquier estudio sin limitaciones inhóspitas. De manera que mis inquietudes determinaron los cambios de vida que fueron estructurando, en contacto con ciertas realidades buscadas, mis posteriores concepciones en filosofía. Tanto en el liceo como en la universidad experimenté sentimientos de vacío y soledad interiores. En suma, no me pareció que la enseñanza que recibía resultara fecunda para responder a los interrogantes que dirigía a la sociedad y a mí mismo. En la Universidad sólo rendí un examen de psicología, con una buena calificación.

JAM: Los derroteros seguidos por usted a lo largo de sus variadas experiencias conducen, en nuestro caso, a indagar su forma de estudiar filosofía y de conocer el nombre de algunos maestros suyos.

FS: Estudié solo, tanto filosofía como matemáticas y otras ciencias. En cuanto a matemáticas, un joven y generoso especialista, C.A., me enseñó en clases personales, durante meses, en la tarde, pues trabajaba de noche en la linotipia. De la Filosofía esperaba encontrar lo que me inquietaba en aquellos años de estalinismo e hitlerismo, de críticas a la democracia y de revoluciones políticas; es decir, únicamente me interesaba una especie de arte de interpretación para comprender lo que acontecía en la cultura occidental y lo que debíamos y podíamos considerar como el destino de nuestro mundo. En cuanto a los maestros, se descubren o adoptan por afinidades electivas o por responder en alguna medida lo que a uno ya vislumbra como problema metafísico. (Me acuerdo de un abate medieval que sentenciaba: “Únicamente existen autodidactas o analfabetos”).

Desde niño leía a Platón, Kant, Montaigne, Shakespeare, Goethe, Nietzsche, Freud, Max Scheler, Marx, Hegel, Husserl, particularmente sus *Investigaciones Lógicas* (como ya lo mencioné), Dilthey, Max Weber y Simmel. Me resulta difícil discernir o señalar con objetividad la deuda que tengo con cada uno de ellos. En cambio, puedo declarar que aprendía de lo que necesitaba para los problemas que me planteaba. En todo caso, *el ver, el anticipar*, no es cosa que se aprenda, aunque sí cabe

acuñar una especie de principio de correspondencia entre lo que ocurre en la historia, lo que es el hombre, y lo que puede derivarse de unos hechos y de unas experiencias propias de la naturaleza humana y de la sociedad. Así se explica que, hace más de dos décadas, yo afirmaba que el imperativo marxista, “proletarios de todos los países uníos”, sería sustituido por “guerrilleros y terroristas de la Tierra uníos”. (Lo cual es verificable en una publicación). Naturalmente, andando el tiempo, el influjo bibliográfico se ramificó de manera no previsible y de preferencia se estudia para contrarrestar y reafirmar las ideas personales.

JAM: ¿Qué significó para usted incorporarse a la Universidad de Chile? Me interesa saber algo de su conocimiento de sus colegas filósofos.

FS: A veces he dicho a los estudiantes —lo haya afirmado yo o no importa quién—, que la primera realidad de la Filosofía es el filósofo. En el fondo esto traduce un conocido juicio de Schopenhauer. El contacto profesional con la Filosofía me evidenció la falta de interiorización del saber filosófico, en cuanto para algunos profesores era un medio de vida y no una forma de vida. De ahí que los profesores jóvenes consideraran positiva mi incorporación (—inusual como profesor extraordinario, sin haber seguido una carrera regular, si bien ello implica someterse a pruebas muy rigurosas que, en sí mismas, exceden las exigencias propias de los estudios regulares—), y que me acogieron con simpatía, no por jóvenes, sino por interesarse vivamente en los problemas de la época y de América. Los profesionales de la filosofía me contemplaron más fríamente. Entre los que contribuyeron a estimularme puedo citar, a lo menos, a Luis Oyarzún, Jorge Millas, Mario Góngora, Cedomil Goic, Mario Ciudad, Gastón Gómez-Lasa, y Juan de Dios Vial Larraín, entre otros. Por otra parte, entre los estudiantes se destacaron como excelentemente dotados y, por lo mismo, como vivos estímulos, Carla Cordua, Cástor Narvarte, Eduardo Castro Silva, García de la Huerta, Humberto Giannini, Juan Rivano y Roberto Torretti, que hoy han evidenciado sus grandes posibilidades creadoras. Además, imposible olvidar a quienes favorecieron mi ingreso a la Universidad, como Juan Gómez Millas, Bogumil Jasnovski, Eugenio González, que continuaron siempre dándome ánimo en mis luchas y conquistas. En cuanto a mis investigaciones sobre América, aunque ello implicaba toda una teoría humanista, como lo comprendieron el profesor Ernesto Grassi, Francisco Romero, Raimundo Lida, y Amado Alonso, entre otros, siempre se observaba, entre los profesionales, mayor interés por los estudios filosóficos, un tanto asimilados a la historia de la filosofía, en

sentido peyorativo, antes que por los problemas histórico-culturales de la época.

Sin embargo, años más tarde se pudo advertir un cambio, particularmente en el rechazo del pedagogicismo y del cultivo meramente profesional de la filosofía.

Arqueología de mi arraigo en el sur

Amigo Massone, en significativas encrucijadas de nuestro diálogo, Ud. me insinuó que procurara explicarle la causa, el motivo de mis reiteradas referencias nostálgicas a las tierras selváticas sureñas. Hoy, en 1995, me aparece más clara la trama psicológica, emocional, ética y estética si se quiere, que hace cerca de setenta años viví con el tono afectivo de un alboréo interior. Ello a través de una nueva manera de ver el mundo orillando, casi, los contornos propios de una experiencia numinosa. Fue una especie de simultáneo proceso íntimo de revelación y ocultamiento. La complejidad de este acontecer que ahora actualizo esforzándome en perfilar la difícil arqueología de la nostalgia, me enfrenta a lo insondable del mismo modo como me sucedió cuando Ud., al comenzar esta entrevista, me interrogó acerca de las fuentes y motivaciones de las que acaso surgiría mi vocación filosófica. Esta correspondencia no debe asombrarle, sobre todo si se tiene presente que hoy se estudian los orígenes de los primeros poemas, como el de *Gilgamesh*, o los orígenes míticos de la deforestación, vinculándolos a las ambigüedades enigmáticas inherentes a cambiantes modos de concebir el *bosque*, amándolo o rehuyéndolo acosado por temores.

Al igual que la *Melancolía* de Durero, y de lo propio de la historia de sus variables formas de vivirla y de interpretarla, la fenomenología de la nostalgia nos enfrenta, también, a lo *extraño* y misterioso. ¿Cómo explicar, cómo encontrar las raíces, las fuentes psicológicas del arraigo en un paisaje? ¿Cuál es la dimensión interior de la representación dolorosa de un lejano horizonte de realidad? Ocurre como si en la nostalgia experimentáramos la pérdida del tener mundo, cuya ausencia no compensa el contorno inmediato que despierta el recuerdo melancólico de tierras distantes, ahora detenidos en lo que percibimos como hiriente y extraño. Este mundo ajeno, y el otro interiormente nuestro, se viven como igualmente reales. Más todavía. ¿Cómo encontrar un acoplamiento significativo entre los incontables tonos de color de un paisaje, y los mil aspectos que configuran el espacio social y la nostalgia que condiciona el desarraigo? ¿De qué manera cabe tornar conmensurables la melodía geográfica de *lugar*, de una arboleda, de una calle con

sentimientos de melancolía? Es sensato declarar que tal vez nunca pueda responder con clara racionalidad a esas preguntas. La distancia expresiva desde la conciencia a sí mismo, a veces es tan inconmensurable como el intentar saber, por la expresión de un perrito, por qué siempre mira a los ojos de uno y qué siente al hacerlo.

Me limitaré a consignar entonces, buen amigo Massone, que no se me oculta que lo enunciado a continuación son pobres racionalizaciones de experiencias cabalmente inefables. Me acuerdo de haber estado inmóvil, fascinado por la frondosidad de la selva, por el silencio milenario de una savia que eleva las copas del alerce a lo más alto. Tengo presente la vida vegetal latiendo por todas partes como una melodía inaudible. Avecillas que rompen el silencio, al tiempo que lo crean con su canto, según lo proclamó sabiamente un indígena americano, Mundo vegetal vivo en su silencio creativo, pero también lleno de indescriptibles murmullos de hojas. Eso percibía mi conciencia temerosamente atenta a algo fantástico por ver, más allá o más acá de la vegetalidad sin palabras. Una tarde —permanecía el día en el bosque junto a algún texto de Platón, Goethe, Shakespeare o Dostoievski—, sobrevino la oscuridad y comenzaron a brillar las estrellas. Apareció así el cosmos de lo remoto, igualmente existente que el maravilloso alerce, y dejando vibrar, en el aparente vacío que mediaba entre mi horizonte boscoso y la esfera de estrellas un tiempo de millones de años, silencioso como la savia vegetal. Percibí con cierto pavor existencial, el abismo abierto entre esas dos grandiosas manifestaciones cósmicas. Pero en el mismo momento se me evidenció que yo también era existente y *libre* para representarme dos universos y ponerlos en relación con múltiples pensamientos. Mas, aun falta referirme a una experiencia que se asoció a las anteriores. Otro día, en mitad de la mañana, sentado en un claro del bosque, divisé tras unas ramas y helechos gigantes el rostro atento de una joven que, tal vez, me atisbaba desde hacía largo rato. Se trataba de una muchacha que solía acarrear agua a la casa de García, desde un estero que corría por una quebrada próxima. Era la hija de un inquilino que trabajaba para la maestra, pero que pronto sería llamada por su familia a prestar servicios de pesados acarreos y trabajos en la huerta, a otra localidad muy distante (hablo de un lugar próximo al río Maullín, a unos veinte kilómetros de su desembocadura y de ello hace cerca de setenta años). Había observado que veía en mí al extraño, al raro *nortino* de hábitos también raros para ella. Sin embargo, eso parecía producirle cierto encantamiento en su terrible desamparo. Al día siguiente partiría, obviamente contra su voluntad. Luego percibí que atravesaba el claro de bosque mirando

y expresando en su cambiante mirada y en su andar lento, sentimientos de tremenda inevitabilidad, de un *nunca* más en la vida y frente a un ser vivo, extraño, pero que no le inspiraba temor; también destellaban en su mirada, inmensamente triste, anhelos frustrados a la par que la conciencia de una especie de caída en el vacío. Dejaba entrever mil sentimientos que la hacían infinita en su finitud, en la conciencia de ser la hoja de vida agitada por brisas malignas que la reducían a nada. Sin embargo, sentí con dolor que en esa nada se evidenciaba la humanidad toda en su ser de desamparada vida humana. Desapareció, tras ese mirar que puede ser universalmente trágico y esencialmente humano. Días después alumbró en mí la tríada de esenciales relaciones existentes entre la visión del bosque, del universo de estrellas y una mirada inocente y primigenia. Fue lo que ahora podría llamar la Teoría de Todo, que busca el cosmólogo, pero que yo viví como la conexión primordial entre la visión del mundo, de sí mismo y del otro. Es lo que en el futuro desarrollaría en el bosquejo de una antropología filosófica que me sirvió de fundamento para estudiar el mundo latinoamericano y poder comprender, además el problema de las relaciones interhumanas en la historia del hombre. Si el cosmólogo estudia la lógica propia de la evolución del universo, sin saberlo, todavía, yo estudiaba, a los quince años, la genealogía de ciertas experiencias íntimas a partir, en unas jornadas en el bosque, de lo que podría aprenderse de la lógica de la evolución histórica atendiendo a la arqueología de las relaciones entre hombre, mundo y prójimo. Tales me parecen hoy las razones de mi invariable nostalgia por las selvas del Sur, vividas y contempladas hace setenta años. Por eso, creí significativo exponer, con humildad, una experiencia que puede ser universal. Comprendo así que, sin tener sucesos fantásticos que contar, sin jactancia y con la dicha humildad, que se puede reconocer la verdad de quien parece que afirmó que las autobiografías son trozos de la historia universal. En todo caso, también es propio afirmar que el presente puede iluminar el pasado, sin deformarlo y, al contrario, arroja luz en la complejidad de experiencias originarias que con el tiempo llegan a convertirse en una visión del mundo que resulta inteligible acaso para todos.

Estimo que no representa una tentación erudita y malsana mencionar un hecho que, a mi juicio, coincide con las reflexiones anteriores. En 1995, el conocido astrónomo Hubert Reeves, concluye con la siguiente meditación su pintura acerca de un crepúsculo de septiembre: "Este almuerzo de honda convivencia tomaba su lugar como un momento bendito de la historia del universo. Pronto terminaría, como la vida de

cada uno de los que allí convivieron, como el Sol, como las estrellas, como tal vez el Universo mismo. Sin embargo, ¿tales momentos no bastan para justificar la aventura del cosmos? ¿La sabiduría no residiría en convencernos de ello?” Me atrevo a conjeturar que si Reeves avanza un paso más por este camino especulativo llegará a un cruce de caminos donde se encontrará con esta afirmación del físico-matemático Roger Penrose: “Una visión científica del Universo que no integre el problema del espíritu consciente no puede seriamente pretender ser una visión completa. La conciencia, que forma parte de nuestro Universo, implica que toda teoría física que no le concede un lugar conveniente no puede menos que fracasar al intentar dar una verdadera descripción de este Universo”. Y éstas son consideraciones que no se contraponen a la tríada de interacciones que acabo de destacar.

JAM: Podría pensarse que alguien estime que su exaltación metafísica de la experiencia vivida en el bosque es una extrapolación infundada.

FS: Su duda expresada con sutil finura, me resulta fecunda en cuanto me permite y justifica, al mismo tiempo, abrir otra perspectiva. Se trata de la dimensión creadora de la vida en el bosque, puesto que las formas primordiales de las estructuras sociales y culturales revelan profundas correspondencias con las actitudes humanas respecto del mundo de la selva. Lo cual, a su vez confirma mi hipótesis sobre la naturaleza de la nostalgia. Y ello, particularmente al percatar que la nostalgia deja entrever el vivir sobre dos mundos, el del arraigo y el propio del desarraigo, de la visión de la realidad como complementaria de lo irreal y lo extraño. La historia de las múltiples y cambiantes actitudes de las comunidades humanas frente al *bosque*, confirma la validez de las reflexiones anteriores. (Y quede dicho aquí que nuestros bosques son casi paradisíacos, sin vegetal agresividad y poblados por el encantamiento del cervatillo pudú y por leones tímidos como el puma. Sus claros de bosque son propicios a múltiples delectaciones, con la fragancia de lluvias que despiertan aromas vegetales, engendros de una naturaleza viviente capaz de crear el fantástico colorido de coleópteros como el ciervo volador.)

En efecto, amigo Massone, y de esto hemos conversado en otra oportunidad, la historia real del modo de valorar, rechazar o temer la existencia de bosques, deja ver otra faz de la evolución histórica que también revela enigmas del ser del hombre. Así, ya se trate de la fundación de ciudades, de la tendencia a desbrozar selvas, de su exaltación paradisíaca o de contemplarlas como fuente de lo tenebroso

y siniestro, el bosque se erige en condición de posibilidad del desarrollo histórico y cultural. Esto se manifiesta, a través de milenios, en la historia del mito y la poesía, en el mundo de la literatura, desde la epopeya de *Gilgamesh*, hasta alcanzar a la poética de Baudelaire.

Antes de exponer algunos ejemplos de las relaciones existentes entre el bosque y la historia de la literatura, hay que tener presente que la presencia del bosque suscita ambiguas y contrapuestas disposiciones. Suele encarnar lo sagrado, lo santo, lo paradisiaco, y concebirse a modo de revelación del misterio de lo masculino y lo femenino; pero también se le percibe como origen de lo demoníaco, de los aquelarres de toda clase de brujas, de orgías tenebrosas y caudal turbulento de los males que amenazan al hombre. Estas opuestas valoraciones de la naturaleza y lo salvaje se actualizan y expresan a través de los modos de interpretar y de tratar el bosque, muy cambiante según la peculiaridad de los estilos literarios. Es lo que resulta muy fecundo verificar, ya se trate de Dante, de Ariosto, de Shakespeare, Descartes, de los hermanos Grimm, Thoreau o del siglo de Las Luces. Subyace a dicha variabilidad la manera de postular o entender las relaciones de la naturaleza con el hombre y de éste con aquélla. En fin, amigo Massone, sin duda Ud. se acuerda de nuestros comentarios en torno a la concepción de la historia del bosque de Robert Harrison, profesor de Stanford, *Bosques. Ensayo sobre lo imaginario occidental*. (1992). Coincidimos en apreciar la importancia de esta obra. Cosa que menciono porque corrobora el sentido de mis experiencias selváticas y de mi análisis de la fenomenología de la nostalgia. Con todo, para evitar equívocos, permítame volver a insistir en algunas penetrantes observaciones de Harrison. Señala ambigüedades en el modo de interpretar cómo en la mitad de su vida Dante se encontraba en un “bosque oscuro”; pero el bosque puede representar no sólo lo salvaje y pecaminoso, pues en otro momento va a representar la *selva antica*, tal que misteriosamente el bosque no constituye únicamente un lugar de partida, sino además un lugar de llegada, donde al temor de lo selvático sucede una especie de encantamiento. A semejante bivalencia se vincula la idea dantesca de redención y a dos posibilidades de valorar la naturaleza. Ud. lo recordará, por lo que me limito a esta escueta referencia. Destaca, por el contrario, que Descartes, en el *Discurso del método* emplea la metáfora del bosque como un recto modo de salida, una especie de fábula que conduce a un método capaz de hacer del hombre un maestro que le permita “posesionarse de la naturaleza”. Por último, lo invito a recordar que en su análisis del poema “Correspondencias”, de Baudelaire, llega a la extrema valoración de la

idea de la selva cuando interpreta este verso del poeta: “entre bosques de símbolos va el hombre a la aventura”. En efecto, señala que Baudelaire cuando afirma que “la Naturaleza es templo”, no que es como un templo, es que ha llegado a concebir el bosque de símbolos a modo de realidad última. Consecuente con tal interpretación, Harrison afirma que tal bosque de símbolos representa la síntesis final de todas las percepciones del mundo. Esa síntesis subyace entonces a la realidad de las correspondencias entre todas las formas de ser. Harrison concluye por decir: “los bosques de símbolos no son pues un símbolo entre otros, sino más bien el símbolo mismo del simbolismo”. Ello, heurísticamente, equivale a sostener que en el principio fue el bosque. Todavía debo destacarle otra faz del problema. Que la peculiaridad de los tiempos históricos, de los mundos sociales siempre están en correspondencia con lo que se concibe como la esencia del bosque. Siendo así se comprende que Harrison termine su obra desarrollando reflexiones acerca de lo que designa como la ecología de la finitud”, una especie de canto sombrío acerca del futuro del hombre. Yo le diría a Ud. que, a la manera de Leonardo y de su horror ante las destrucciones de la naturaleza viviente, Harrison proclama con tristeza: “La naturaleza sabe morir, pero los seres humanos saben sobre todo matar, por su incapacidad para realizar su ecología”.

Ud. no desconoce, amigo Massone, las amenazas que se ciernen sobre nuestros bosques. Pero sin hacer conjeturas sobre su destino, querría enfatizarle lo que he venido exponiéndole: Que mi forma de vivir la naturaleza viviente en el Sur, no fue un método cognitivo, ni un camino de salvación, sino un proceso de autoconocimiento a través del cual, más tarde creí intuir cómo es posible establecer una profunda correspondencia entre las posibilidades de mirarnos íntimamente, entre lo que somos y entre las visiones del mundo y lo que el mundo es. Por eso, como fin de esta entrevista me complace destacar que, los científicos mismos, actualmente indagan y pugnan por encontrar la comunidad entre lo que es el hombre y la evolución del universo que también revela lo que es. Sea todavía más generoso con su tiempo y sin impacientarse, escuche el siguiente texto que tengo en mis manos, y que guarda afinidad con lo que designé *homo cosmicus*, hace algunos años: “Asistimos a la emergencia de una ciencia que ya no se limita a situaciones simplificadas, idealizadas, pero que nos enfrenta a la complejidad del mundo real, una ciencia que permite a la creatividad humana vivirse como la expresión singular de un rasgo fundamental común a todos los niveles de la naturaleza”, Ilya Prigogine, 1996.